Los trascendentales y hermosos principios emanados como consecuencia precisa de nuestra guerra de Reforma, nos han elevado á considerable y culminante altura en la esfera de la especulacion y la teoría; pero no estando aún al alcance de todos los individuos que forman nuestro pueblo, se han convertido por razon natural en verdadera letra muerta. Pues nadie negará que para el adelantamiento y felicidad de una nacion, es indispensable que su grado de cultura esté en armonía con la bondad de sus leyes y con la excelencia de su régimen de gobierno. De lo contrario, como observa Arhens, se produce un desequilibrio no pocas veces ocasionador de turbulencias y motines. Así, por ejemplo, se han eslabonado revoluciones tras revoluciones en México, en las repúblicas centro-americanas y en algunas de las del Sur del continente. Y miéntras nuestro pueblo no comprenda la trascendencia y valor de los principios gubernativos que le rigen, será por demas todo lujo de fuerza y de represion, y seguirá manteniéndose la lucha, ya latente, ya manifiesta.

Preciso es, en consecuencia, ilustrarle, no dejando todo el peso de esta obligacion al gobierno, que falto de recursos y distraído por múltiples atenciones de su resorte, no puede llenarla con la eficacia y solicitud indispensables.

El género literario á que he dado el nombre de doméstico, por no haber hallado otro más á propósito, es muy susceptible de prestar ayuda poderosísima, en la patriótica empresa de impartir los beneficios de la ilustracion á nuestro pueblo, hoy hundido en el antro tenebroso del vicio y la ignorancia.

Entre dos deberes.

El dia 9 del presente mes, por la noche, se estrenó en el Teatro Principal, el drama en tres actos y en verso, cuyo título va en el epígrafe, del jóven poeta jalisciense Ignacio Herrera de Leon, que tuvo el gusto de ser aplaudido.

La accion principia en un jardin situado al frente de una casa de Tacubaya. Conduélense María y Clotilde de que el anciano y ciego padre de la primera, ignore un desliz que ha tenido. Sobreviene el aludido, Andrés de nombre; cambia algunas frases de cariño con su hija y se aflige al considerar la orfandad en que la dejara cuando muera; retirándose luego todos tres á tomar el desayuno, pues comienza apénas á clarear el alba. Acto contínuo, entran Alberto y su sirviente Paco, departiendo sobre los proyectos que aquel fragua para seducir á María, cuyos encantos le traen fuera de sí. Despacha á Paco á vigilar la puerta de la casa, ordenándole le avise con palmadas si sale otra persona que no sea la que adora, miéntras él se esconde tras unos arbustos, en espera de algun acontecimiento que confirme el éxito de su empresa ó le indique la nueva ruta que debe seguir para el completo logro de sus planes.

Hace Paco la señal y exclama Alberto irritado:

¡La señal! ¡La señal! ¡Señal odiada!
¡Señal mil veces para mí maldita!
Esa señal me quita
lo que debe gozar. (*Se oye otra palmada*).
¡Otra palmada!
Ya bajan la escalera.
Huyamos. Pero no ¡cobarde fuera!
Aquí me ocultaré. (*señalando el ramaje*).
Dentro de poco,
la diré que mi pecho es una hoguera,
la diré que de amor me vuelvo loco.

Salen Clotilde y María, continuando ésta en sus lamentaciones, por la lucha que sostiene entre su deber de madre y su deber de hija. Viene á la sazon Pedro, hombre del pueblo, con un papel para ella, en que se le participa que le envían á su hijo Arturo, por haber muerto la nodriza. Corre Clotilde á recojerlo, miéntras la desolada madre se arrodilla y dice:

Reina del cielo bendita,
Vírgen madre del Señor,
tu proteccion infinita
concédeme en mi dolor.
¡Conmuévete de mi pena,
calma por Dios mi ansiedad,
y ténme, Vírgen, piedad,
tú que eres madre tan buena!

Pasa el segundo acto en el mismo jardin que el primero y momentos despues: Alberto manifiesta á Paco regocijo y satisfaccion, por haber sabido, tras el ramaje, la desgracia de María, que tanto viene á favorecer sus criminales intentos. Aléjase Paco para establecer su vigilancia; y como haya de aparecer María, le sale Alberto al encuentro, le declara *ex-abrupto* su amor, y le habla de sus riquezas, todo lo cual desdeña ella. Retírase Alberto, porque se presenta el anciano, que, despues de preguntar de quién era la voz de hombre que oyó, y de recibir una contestacion cualquiera, refiere á su hija un sueño que tuvo, concluyendo así:

Soñé que amabas á un hombre
más que á tu padre, María,
y soñé que te veía
madre, sin honra ni nombre.

María, tomando el sueño por aviso del cielo, cae á las plantas de su padre y exclama:

¡Perdon! ¡Perdon! ¡Padre mio!
Grande es mi culpa, verdad.
ANDRES. ¿Qué dices?.... ¿Es realidad?
¿Soy presa de un desvarío?
¿Tú culpable?.... ¡No lo creo!
¿Es posible, Dios piadoso?
MARIA. (¿Qué hice yo, Dios bondadoso?
¿Es un sueño lo que veo?)

Cálmase el anciano, ya porque esté muy seguro de la virtud de su hija, ya porque conciba algun proyecto para averiguar la verdad, y le asegura que todo ha side un sueño desconsolador. Va ella á traerle un refrescante y él principia á conjeturar así:

Al despertar oí bien
la voz de un hombre. ¿Quién era?
Cuando ella mi sueño oyera
me pidió perdon tambien,
¿Para qué pide perdon
una mujer inocente?
¡Luz, Señor Omnipotente!
No oscurezcas mi razon.
Mucho suspira María,
está muy triste.... ¿Qué pasa?
¡Mi imaginacion se abrasa!
¡Se ofusca la mente mia!

Vuelve María con el refrescante, y fingiendo Andrés calma y tranquilidad, la consuela, diciéndole que de su honesto amor será sin duda objeto algun jóven digno de ella. En esto se presenta el niño, gritando: ¡mamá! ¡mamá!

Ella vuela á abrazarle por impulso materno y da fin el acto con lo siguiente:

ANDRES. ¿Es cierto lo que he escuchado?
¿Tienes un hijo, María?
MARIA (*cayendo á los piés de su padre*).
¡Padre! ¡Por eso sufría!
ANDRES. ¡Pobre de mí! ¡Desdichado!

En el tercer acto, que pasa en San Angel, aparece Arturo, el amante de María, que acaba de llegar á México, de vuelta de España, á donde le llamaron deberes de soldado, y donde sufrió larga prision, que no le permitió escribir á su amada. Despues de algunas escenas, en las que llega Arturo á concebir celos de Alberto, logra convencerse de la fidelidad de María, cuya reconciliacion presencian desde puertas laterales, todos los personajes del drama, ménos Alberto y Paco, y sobreviene el desenlace, que se verifica de la siguiente manera:

ANDRES (*abrazando á María y Arturo*).
Recibid mi bendicion.
MARIA (*arrojándose á los piés del ciego*).
¡Mi padre!
ARTURO (*haciendo lo mismo*).
¡Padre!
MARIA y ARTURO. ¡Perdon!
ANDRES. Hijos, ¡venidme á abrazar!
CLOTILDE (*llegando con el niño y formando parte del grupo*).
¡Bendita la Providencia
que nos llena de contento!
MARIA y ART. ¡Nuestro hijo! (*abrazando al niño*).
MARIA (*con gozo y entusiasmo*).
Este es el momento
más feliz de mi existencia.

Tal es el argumento del drama de mi bueno é inteligente amigo Herrera de Leon.

Y aquí pongo punto á mi tarea, pues sólo me propuse hacer una crónica y no un juicio crítico, ya que para lo último eran gran impedimento la estrecha amistad que me liga con el autor y el poco tiempo de que he dispuesto para escribir este desaliñado artículo.

Cartas literarias de D. Victoriano Agüeros.

La aparicion de un libro en cuyas páginas resplandecen los mejores propósitos de crítica literaria, no puede dejar de tener importancia en una sociedad que, como la nuestra, alimenta de contínuo su espíritu con la lectura de composiciones efímeras, únicas que por lo general les proporcionan sus ingenios.

Loables considero por esto los esfuerzos que hace el Sr. Agüeros en sus *Cartas literarias*, publicadas recientemente, para aclimatar entre nosotros las aficiones á los estudios críticos.

Doce son las cartas que contiene el tomo: la primera trata de la literatura en general y con particularidad de la mexicana; la segunda, de nuestros principales poetas; la tercera, de las bellezas y lecciones de la Biblia; la cuarta, quinta, sexta y sétima, de la vida y obras de Chateaubriand; la octava, de Lamartine; la novena, décima y undécima, de la novela y de algunos novelistas; y la duodécima, de los más notables poetas de Inglaterra, Italia, Alemania y España.

Mucha lectura y buenos conocimientos revelan las *Cartas* del Sr. Agüeros. Es de sentirse que sus concepciones religiosas y su de contínuo alborotada piedad, hagan tan exclusivista y tímida su crítica. Yo por mi parte lo siento mucho, porque el

Sr. Agüeros tiene brillantes dotes para ejercerla. La crítica debe ser racionalista para merecer tal dictado y para llenar su importante objeto. La crítica es el bisturí que sin piedad ni conmisceracion rasga los músculos y tejidos del organismo humano; es el microscopio solar que refleja en la pantalla la imágen aumentada del insectillo que aprisiona en su foco; es el ojo escudriñador del buzo que sondea audazmente las profundidades del océano, ó la mirada imperturbable del astrónomo que escudriña las leyes inalterables del universo.

La crítica no se detiene ante ninguna traba religiosa: vence todos los obstáculos, traspasa todos los límites, salva todas las distancias, y se cierne inflexible en las fúlgidas regiones de la verdad.

La crítica puede ver de hito en hito á la razon, sin ofuscarse ni entornar los ojos ante su luz vivísima; y no se le desmenuzan las alas en los ígneos espacios de la ciencia, ántes bien adquieren vigor y fortaleza.

Esta es la verdadera crítica. La del Sr. Agüeros se detiene medrosa y tímida en el dintel de su propia morada, sin osar trasponerlo.

Yo no ataco ahora las ideas religiosas del Sr. Agüeros, las respeto; pero opino por que cada elemento del saber humano tiene su esfera peculiar de accion; por que la ciencia abarca más extenso dominio que la religion y por que no es preciso hacer converger las obras de arte hácia la roca legendaria del Calvario, para deducir y aquilatar sus calidades estéticas. Chateaubriand, espíritu eminentemente católico, se descubrió, lleno de veneracion y respeto, ante las soberbias ruinas de la pagana Aténas. Esto debe hacer el crítico: admirar el génio donde le encuentre.

El arte tiene destellos infinitos y universales, y la religion misma recurre á él en busca de adorno y de gala. Por eso todas

las teogonías de la tierra han producido admirables obras de arte. Por eso hay belleza en los poetas bíblicos y en Homero, en el Dante y en Valmíki, en el Tasso y en Virgilio.

El Sr. Agüeros se ha movido más al impulso del sentimiento y la fantasía, que al de la razon y el exámen filosófico. La concepcion mística y el sentimiento ascético son los principales, ó por mejor decir, los únicos elementos de su crítica, incompleta y parcial. Así, todo lo que gana en hechizo poético su obra, pierde en exactitud y en verdad.

Una vez admitido, por otra parte, que la base de sus estudios, es la fé del catolicismo y la doctrina teológica, se encuentra muy natural su sistema de negacion para todo lo que no se amolde á sus ideas religiosas y morales, y de afirmacion y de aplauso para todo lo que las acate y reverencie.

Finalmente, las *Cartas literarias* de D. Victoriano Agüeros, son dignas de alabanza por su estilo castizo y elegante en lo general, por las bellezas de forma que contienen, y por los intentos de crítica que revelan; siendo sólo de lamentar algunos descuidos imperdonables, tales como el de hacer á Lope de Vega discípulo de Calderon de la Barca y el de clasificar á *El moro expósito* del Duque de Rivas, entre las composiciones líricas españolas.